

1/17124

LOS COLONOS ESPAÑOLES

EN

ARGELIA



DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON SIXTO ESPINOSA

EN LA PRIMERA SESIÓN

DEL

CONGRESO GEOGRÁFICO HISPANO-PORTUGUÉS-AMERICANO

CELEBRADA

EN EL ATENEO DE MADRID

en Octubre de 1892



MADRID

IMPRENTA DEL « MEMORIAL DE INGENIEROS »

1893

PAP.

1 ~~LV~~
P-31
1/17124

LOS COLONOS ESPAÑOLES

EN

ARGELIA



DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON SIXTO ESPINOSA

EN LA PRIMERA SESIÓN

DEL

CONGRESO GEOGRÁFICO HISPANO-PORTUGUÉS-AMERICANO

CELEBRADA

EN EL ATENEO DE MADRID

en Octubre de 1892



MADRID

IMPRENTA DEL «MEMORIAL DE INGENIEROS»

1893

LOS COLONOS ESPAÑOLES

ARGENTINA

DISCURSO

DON SIXTO ESPINOSA

EN LA PRIMERA SESION

CONGRESO GENERAL DE REPRESENTANTES

DE LA ARGENTINA EN 1852

EN BUENOS AIRES



MADRID

IMPRESA DEL MEMORIAL DE INGENIEROS

1852

grado de desarrollo material por tanto a que allí se ha llegado, y los franceses así lo comprenden, y el único modo que puede haberse viene a fundarse en la importancia de los españoles y en la fuerza que representan. Lo cual es perfectamente lógico y medida de justa defensa ante el criterio del pueblo francés, que ha de tener como es consiguiente, a hacer duradera su influencia en el suelo africano, extendiéndola en todo cuanto sea posible. Pienso que esta labor ha de ser para favorecer a los españoles, manteniéndolos con poca medida de tolerancia conatos de insubordinación y de indisciplina, por más que fueran muy cómodos para nosotros, sería absurdo y de todo punto inconcebible.

SEÑORES:

ENTRE los extremos que comprende el tema puesto á discusión, existe el que se refiere á las *aptitudes colonizadoras de los españoles*, y como el mejor razonamiento es aquél que se ofrece con hechos, voy á permitirme ocupar la atención del Congreso, dando cuenta de las impresiones recogidas en un reciente viaje á la Argelia, donde quedan demostradas de un modo completo las aptitudes colonizadoras de los españoles, en términos que honran y enaltecen señaladamente á nuestra raza.

Quando los hechos se estudian de una manera imparcial y razonada y se prescinde de ideas anteriores, y analizando estos mismos hechos tal y como son y no como aparecen, se huye de apasionamientos y se adoptan tonos de templanza y de verdadera imparcialidad, el resultado siempre es provechoso y se pueden deducir consecuencias que respondan á un fin verdaderamente positivo y práctico. ¡Cuánto se ha declamado sobre la triste situación de los españoles en Argelia, víctimas de toda suerte de tiranías, esclavos, en aquel suelo que fué nuestro y del que éramos los únicos legítimos poseedores, y, sin embargo, qué error tan grande y que injusticia más palmaria! Los españoles en Argelia gozan de muy distinta consideración de lo que se cree generalmente, no por amor de los franceses, sino por sus propios méritos y por su importancia, y ojalá gozaran de esta misma consideración en España. El español que es laborioso lo alcanza todo, y como en Argelia los españoles son en su casi totalidad laboriosos, he aquí por qué en esta importante colonia francesa, son más y tienen más representación los españoles de lo que generalmente se cree. Lo que sucede es, que el español en Orán no es el que dá grandes fiestas, el que se exhibe aparatosamente y pasea su lujo llamando la atención de las gentes, sino el que trabaja en el silencio; el obrero, el agricultor, el industrial, la parte útil, la parte laboriosa, el que siempre tiene exceso en el presupuesto de ingresos sobre el presupuesto de gastos, en fin, el dueño del presente y del porvenir. Tan necesario es el elemento español en la Argelia, que sin él los franceses jamás hubieran llegado al

grado de desarrollo material portentoso á que allí se ha llegado, y los franceses así lo comprenden, y el único recelo que puede caberles, viene á fundarse en la importancia de los españoles y en la fuerza que representan. Lo cual es perfectamente lógico y medida de justa defensa ante el criterio del pueblo francés, que ha de tender, como es consiguiente, á hacer duradera su influencia en el suelo africano, extendiéndola en todo cuanto pueda y le sea permitido. Pensar que toda esta labor ha de ser para favorecer á los españoles, manteniendo con poco meditaciones tolerancias conatos de insubordinación y de indisciplina, por más que fuera muy cómodo para nosotros, sería absurdo y de todo punto inconcebible para los franceses.

No es allí el español el que manda, no es allí la persona de distinción cuya amistad pueda solicitarse, no es allí el funcionario público rodeado de ciertos prestigios; tal vez en el lenguaje de estas gentes resulte cierta indiferencia por nuestra raza, y, sin embargo, fenómeno extraño, nunca se siente uno más orgulloso de ser español que entre la población española de Argelia, y advierte en ellos extrañas virtudes, nuevos prestigios, grandes recomendaciones de nuestra raza. Es cierto que no se puede aceptar la existencia fatal de determinadas aptitudes en determinadas razas, puesto que estas aptitudes nacen ó desaparecen, según las circunstancias históricas sean ó dejen de ser favorables; pero no es ménos cierto que la existencia de determinados hechos históricos, formando una segunda naturaleza, permite estas transformaciones más fácilmente, y que el trabajo, el bienestar y la abundancia, resultado de una buena administración, son siempre causa de progreso y de cambio radical de costumbres y de hábitos, más radical á medida que las circunstancias fueron más contrarias. La población española en Argelia, como resultado de este hecho, tiene todas las aptitudes, todos los prestigios y todas las recomendaciones de que parece carecer en España, desmintiendo la creencia equivocada de que nuestra raza no era apta para la vida moderna, y que con la falta de estas aptitudes sólo un fin de aniquilamiento y de muerte le estaba reservado. Y es lo más extraño, que una parte de la población española en Argelia procede de gentes á quien es de todo punto imposible la vida en España; gentes que en una ú otra forma fueron perseguidas; gentes, mucha de ella, que tienen cuenta pendiente con los Tribunales españoles, y á quienes en una ú otra forma la vida en España se hace de todo punto imposible; gentes que en España es pernicioso y rebelde; gentes, en fin, que al lado de mucho bueno, y á quien una administración cruel ha maltratado, no parece ser seguramente elemento de paz y de concordia en el país de donde proceden. Pues todos estos ele-

mentos tan heterogéneos, donde dicen abunda la mala semilla y el elemento levantisco y pendenciero, es en la Argelia elemento de paz, de laboriosidad, de prudencia y de todas aquellas santas virtudes sociales, que llevan como consecuencia inmediata el florecimiento de un pueblo.

Es asombroso ver aquellos hermosos muelles de Orán, donde se hallan apiñadas millares de mercancías, entregadas á la custodia de un pueblo honrado y respetuoso con la Ley. Aquellos soberbios establecimientos que atesoran riquezas inmensas, defendidas simplemente durante la noche, con frágil vidriera; la vida y la hacienda perfectamente garantidas; los perseguidos y los castigados defendiendo la Ley y el orden ¿qué es esto? Y no se diga que es general, en todo aquel que se halla en tales condiciones, porque probará lo contrario el hecho de que en Marsella, la población inmigrante italiana, que figura en número muy considerable, mantiene en continua alarma á la población francesa y es materia dispuesta para toda suerte de fechorías; que esto pasa en Gibraltar con los malteses, á pesar de ser Gibraltar ciudad esencialmente militar é inglesa por añadidura, donde la policía guarda la proporción de agente por habitante,—á pesar de lo cual, los robos, los asesinatos y toda clase de delitos son materia frecuente,—y que no debe extrañar nada de esto, cuando se tienen á la vista las cuestiones diarias á que dan lugar los emigrantes italianos en América. Hemos fijado la atención en los italianos, porque realmente los italianos y los españoles son los que de veras pueden considerarse como colonizadores, porque á la generalidad de sus aptitudes, reúnen la circunstancia de ser en número considerable, para establecer verdaderas corrientes de emigración, haciendo variar en poco tiempo el aspecto del país colonizado. Los alemanes, que les siguen en este sentido en importancia, por el número, no puede decirse que constituyan una corriente de emigración completa, por más que son casi siempre elementos perfectamente útiles, pero su actividad la encaminan á llevar á término el trabajo penoso del primer emigrante.

No es nuestro ánimo fijar el número de emigrantes de cada nación, donde éstas distintintas corrientes emigratorias se dirigen, y en qué forma y de qué modo la emigración viene á realizarse; lo que conviene á nuestro objeto es fijar la atención muy particularmente en un hecho perfectamente demostrado y que constituye una particularidad de la emigración española en la Argelia, como la constituye en todas partes, y es, que el elemento español, proceda de donde proceda, con vicios ó con virtudes anteriores, perseguido ó sin perseguir, es siempre elemento sano de producción, es en extremo sumiso á las leyes, y lleva en sí elementos de pros-

peridad y de grandeza al pueblo en donde vive y al que dedica su actividad y su inteligencia.

El contingente de la emigración española lo dan las provincias de Almería, Murcia, Alicante y Valencia; de éstas con preferencia las provincias de Almería y Alicante; y la parte de Argelia más poblada por españoles es la provincia de Orán, donde las más florecientes ciudades son casi exclusivamente españolas: industriales en su mayor parte los de Alicante, Valencia, etc., agricultores los de la provincia de Almería y entre éstos los mejores los de los pueblos de la sierra.

El sentimiento de la patria es común á todos ellos; amor inextinguible, entusiasmo loco por España, todo ménos dejar de ser españoles; esta noble altivez, este orgullo nacional les domina; el ser franceses, el adquirir esta nueva nacionalidad, sería para muchos de ellos señal de abundancia y de protección decidida por el Gobierno de la Colonia, pero renunciar á todo beneficio que no vaya unido á su condición de españoles, es cuestión imposible. La madre patria fué para ellos cruel, el odioso impuesto hizo imposible toda vida, el feroz caciquismo los aniquiló, los trató como á párias; tristes recuerdos, amarguras infinitas, les hicieron abandonar su hogar, y romper con todos sus recuerdos, en busca de un porvenir incierto; á pesar de esto, aman á su patria.

Nótase en la emigración una tendencia, que viene á ser confirmación de esto mismo: el que emigra por primera vez busca afanosamente el modo de hacer algunos ahorros, y si es posible algún pequeño capital, para volver á su hogar nuevamente y mejorar las condiciones de su vida; pero encuentra nuevas dificultades, pesa sobre él nuevamente el impuesto, traducido en apremio en su ausencia, ve cerrarse todas las puertas y desaparecer el capital adquirido con tantos sacrificios, y piensa de nuevo en la emigración; pero ¡ah! ya piensa para no volver, para llevar con él á su familia, para abandonar su hacienda y para dar el adiós postrero á su patria, perdiendo la patria, de camino, elementos valiosísimos de producción y de vida.

Y no es sólo en la Argelia, sino que lo es en la Argentina, lo es en el Perú, lo es en Chile, lo es en Tánger, donde la población que trabaja es exclusivamente española, lo es en todas partes adonde la población española se dirige, y cuenta que esta emigración es tan importante, que sólo teniendo presente lo que es esta emigración respecto á una sola provincia, á la de Almería, á Argelia, desde el año 1882 á 1892, emigraron próximamente 80.000 habitantes.

Vascos, gallegos, asturianos, andaluces, murcianos, valencianos, pueblos de quienes se nutre esta gran corriente de emigra-

ción, sienten por igual el amor á la patria, habiendo sido la emigración más que elemento de ruina, fuente de bienestar, porque todos ellos han traído los capitales allí formados, á aumentar la riqueza pública en nuestra patria; pero hoy ya por desgracia esa sana tendencia, que hace considerar la emigración como un beneficio más que como un infortunio, vá cambiando de aspecto, y el que emigra, emigra para siempre. Tal vez la desorganización y las frecuentes crisis que trabajan á las repúblicas sudamericanas, producen desalientos en la población emigrante, haciendo imposible la vida en aquellos países, y obligándoles á volver empobrecidos; pero esto no sucede en Argelia, donde un Gobierno fuerte, una administración modelo, y toda suerte de garantías, hacen al emigrante considerarse seguro y en condiciones de mayores y más positivos adelantos. Hoy la emigración es funesta para los intereses del Estado; triste para la patria, y elemento de segura ruina.

La emigración en Argelia es la que prueba la justa reputación que, como pueblo colonizador, tiene el pueblo español, y como ejemplo de estas bondades que recomiendan á los españoles, como colonizadores, basta fijar la atención en el hecho de cómo la colonización se ha hecho en otros países. Sabido es que la colonización de Australia se debe á deportados ingleses, elementos de perturbación, gentes mal avenidas, á quienes se condenaba á que murieran necesariamente de hambre y á quienes toda suerte de dificultades, en clima extraño y privados de todo recurso, les obligaba necesariamente al trabajo, señalándoles el camino de futuras regeneraciones. La suerte de aquellos deportados hizo que encontraran en vez de suelo inhospitalario, suelo feraz y rico, y que extrañas y nunca calculadas riquezas se les ofreciera espontáneamente, haciendo poderoso al que la noche antes encontrábase pobre. La riqueza que aquel suelo ofrecía; la índole de esta riqueza, que hacía poderosos sin el más pequeño esfuerzo; la imposibilidad absoluta de volver á la patria ni de moverse en sentido alguno, que no fuese en el trazado de antemano, puesto que no eran hombres libres, sino gentes obligadas á cumplir condena; las condiciones mismas de Inglaterra, dueña de aquella colonia, y otras muchas causas, hacían lógico y razonable el resultado que vino á obtenerse. Pero la emigración española en Argelia, que se funda en diferentes elementos, que tiene como medio un trabajo lento y penoso, de resultados futuros y de ordinario de escasos rendimientos, como es la agricultura; que supone perseverancia, verdadero amor al trabajo, y condiciones de aptitudes determinadas, esto que constituye la base de toda colonización, esto es peculiar, sólo, exclusivo, de la colonización española. Y es de ver lo que los españoles han hecho en Argelia;

no allí el labrador rutinario, que maneja el arado romano, que trabajosamente señala débiles surcos en la esquilmada capa superior de la tierra sujeta al cultivo, es el valiente cultivador moderno que maneja con singular pericia la máquina de vapor y el arado de vertedera, y emplea, con grandísimo acierto, todos los adelantos de la maquinaria moderna; es el que por sabia selección mejora las condiciones de todas las razas de animales; es el que recogido el producto de la tierra se sirve de él, para transformarlo, con el empleo de la industria, en la que se señalan los últimos adelantos y los mayores perfeccionamientos. ¡Qué Orán, que Saida, y sobre todo qué Sidi-bel-Abbes! Ya desde el momento que pisais el suelo de Argelia, todo lo veis transformado: allá el monte cubierto de viñedos, donde en ocasiones para llegar han necesitado un superior esfuerzo; vegas hermosísimas en todas partes, prados, bosques, espartales, caminos en todos sentidos, la locomotora llevando aquella vasta producción en todas direcciones. ¡Qué país tan hermoso! ¡Aquello no es África! ¡aquello es la mejor provincia francesa trasladada á aquel territorio! y sobre todo ¡qué bienestar, qué satisfacción en todas las gentes! El clima enervante del Africa, para ellos nada significa; antes por el contrario, parece que les estimula y que les da mayores bríos, más fé y más entusiasmo por el trabajo.

El emigrante español es siempre elemento de orden, que es mayor desde el momento que adquiere alguna propiedad ó cuenta con algún modo de vivir seguro; ama la tranquilidad y siente un apego indecible por la posición adquirida; como fuerte, desdeña al que le provoca, con ruda y particular altanería; odia al francés como odia al moro, los dos enemigos históricos de nuestra raza, donde el grito de guerra al francés ó guerra al moro ha sido siempre para él el más simpático; sometido á la ley francesa más por necesidad que por deseo, cumple sus deberes de ciudadano como ninguno; el clima, la presencia de los que con él vivieron los primeros años, le hacen pensar que aún vive en España, pero una España regenerada, donde una administración más humana y más racional le hace fácil y llevadera la existencia. Su lenguaje no es el del que recibe hospitalidad, sino del que la concede; y es por más de un concepto notable el modo asáz ligero y algo desvergonzado con que habla de los franceses. Se cree mejor que ellos, no sólo porque lo que allí hay se debe á su iniciativa y á su esfuerzo, sino porque es frugal y no acostumbra á esa mezcla funesta de la vida del taller y de la taberna, y, sobre todo, porque tiene otro concepto más alto de la familia, y reniega de esos toques de *amor libre* en que se informan los pueblos jóvenes, y á que, sobre todo, no son extraños los franceses. Para el francés, el

español es el hombre cuya vida se arrastra sin brillo, el que trabaja, el que lleva la carga; para el español, el francés es el intruso, el que vive vida espléndida porque hay españoles en Argelia, el gabacho, almacén de absentas y de toda suerte de vicios, cuya vivacidad y cuya charla le incomoda y le apesta; pero esto, más que en el corazón está en la boca; en lo substancial, en lo que verdaderamente es útil, en lo que resulta en beneficio de la producción y de la prosperidad de la colonia, en esto están perfectamente unidos, como lo están en odiar sinceramente y con todas las fuerzas del alma á los hebreos, allí, como en todas partes, dueños del dinero, inútiles para determinado género de trabajos y dispuestos á explotar el lado flaco de los á su vez odiados franceses y españoles.

En lo que hay que ser justos, es en reconocer á los franceses condiciones extraordinarias de colonizadores y de pueblo culto; todo lo que constituye recuerdo de la dominación española, todo merece particular atención: los escudos de España, las armas del insigne Cardenal Cisneros, se conservan esculpidas en los edificios públicos, cuidados con singular respeto; los monumentos que recuerdan las hazañas de los españoles, los que son para nosotros timbres de gloria, parece que merecen la misma consideración que si fueran memoria de hechos para ellos igualmente gloriosos, y en esto llega el afán de los franceses hasta tal punto, que habiendo hermoñado un espléndido paseo donde todo responde á estudiada simetría y á orden perfecto, hace llamar poderosamente la atención ajeo árbol, separado de toda alineación, solo, altivo, rodeado de cuidados y de atenciones, árbol que representaba un recuerdo glorioso de la dominación española. Pero al mismo tiempo en el municipio de Orán y otras poblaciones en que tenían representación obligada los españoles, los cuales parece han recibido en determinadas circunstancias protección decidida, se ha prescindido de dicha representación por un mal acuerdo, inexplicable en un espíritu de tolerancia y de justicia. Las autoridades todas buscan los elementos útiles á la colonia, considerando á los españoles como los que más lo son, y sólo un concepto pequeño é impolítico puede turbar por algún tiempo este criterio. Suelen los españoles manifestar sus quejas, porque entienden que en las cuestiones mantenidas ante los tribunales entre españoles y franceses, son éstos objeto de predilección; pero ¿es esto justo? ¿es la protesta de siempre por parte del que en estas cuestiones es vencido? ¿es posible que ese espíritu de tolerancia y de facilidades que informa á la administración francesa en Argelia se deje dominar por pasiones bastardas y por pequeños móviles? Los franceses, ya que no por nuestra raza, lo harían por propia conveniencia, aun venciendo esos escrúpulos y esos odios, que los han llevado siempre á mortificar

nuestro orgullo nacional, más en la Metrópoli que en la Argelia, haciéndose eco en libros y en periódicos de vulgaridades sin cuento, y suponiendo que éramos los españoles gente imposible para la vida moderna, mortificando nuestro nombre y nuestro crédito de mil variadas maneras. Ya porque los españoles sean mejor conocidos y mejor apreciados, es lo cierto que otros muchos hechos prueban hoy tolerancia y afecto á los colonos españoles. Lo que sucede es, y en cierto punto es lógico, que ellos quisieran vencer ese apego y ese cariño que los españoles sienten por su patria, sumando esos elementos que consideran útiles para aumentar el número de la población francesa, haciendo desaparecer las diferencias de raza en beneficio propio. Este criterio es molesto para los españoles; nosotros debemos protestar de tal tendencia; á nosotros nos convendría más lo contrario, nos convendría que los franceses fueran españoles, y la Argelia, rica y floreciente, volviera á ser de España; pero este no puede ser el criterio del pueblo francés, y pedir que allí los españoles hayan de ser los dueños, es pedir un imposible.

Es más, los franceses serán nuestros enemigos en todas partes, pero no lo son en Argelia; esos territorios los abandonamos, deshaciendo la obra del gran Cisneros, los consideramos en poco; los franceses hicieron un gran beneficio librando al Mediterráneo de esa madriguera de piratas, conquistaron esos terrenos para traerlos evidentemente á la vida de la civilización y del progreso, determinando una transformación, que si bien ha producido beneficios á los franceses, los ha producido igualmente á todas las demás naciones.

Es muy cierto que la costa Norte de Argel y Marruecos debía ser nuestra y que por derecho propio nos pertenece, y que nuestra historia, nuestra vecindad y otras muchas causas así lo justifican; muy lógico que tal sea nuestra aspiración, nuestro único deseo; pero esto toca hacerlo á los españoles y no á los franceses, empezando por ser fuertes y por sumar elementos valiosos á la vida del progreso, destruyendo nuestras rivalidades y nuestras miserias interiores, mantenidas no ciertamente por esas pobres gentes que emigran á la Argelia y á las Repúblicas sudamericanas, sino por estas otras que hacen oficio de la política, desatentadas y locas, que han producido nuestro desesperante estado de cosas. El pueblo español tiene virtualidades, prestigios que le hacen un pueblo de singulares condiciones para la vida del progreso y para todo lo grande y lo levantado; todas las clases son por igual aptas para este objeto; sólo esa mala semilla de la política hoy y de la intolerancia de otros tiempos, ha sido la causa de estas decadencias; esa eterna raza de hidalguillos y de ociosos, legado de los Austrias,

transformada hoy en pretendientes á diputados y senadores. (*Grandes aplausos.*) Tenemos la primera condición para ser colonizadores; somos raza de colonizadores; bajo este supuesto alegamos un derecho, llevamos la laboriosidad, la inteligencia, una voluntad firme, pureza de costumbres, aptitudes variadas, nuestra vida está exenta de esos refinamientos que hacen la vida del colono ruinoso é imposible; sólo falta en este suelo buena administración y un sentido más alto de la patria en los que tienen la vana pretensión de dirigir nuestros destinos.

Lo que nos mata es esa charla insulsa que por aquí se usa, donde todo el mundo se cree en condiciones de tratar las cuestiones más transcendentales de la política, mezclando nombres y cosas con harta ligereza; ese afán necio por el politiquero menudo, que destruye á los pueblos y que hace en ellos la vida insoportable: eso en Argelia no se conoce y causa no poca extrañeza que en parte alguna así puedan vivir las gentes, pues allí nadie se ocupa más que en lo que le interesa y puede mejorar sus condiciones de vida; á esto dedican su atención entera, evitando toda ocasión de odios y de divergencias que dificulte la vida de los negocios, creando extraños y poco meditados antagonismos. Allí las gentes tienen de la vida un concepto distinto y dan prueba de un gran sentido práctico, desechando lo supérfluo y lo inútil, y caminando en derecho á la parte aprovechable y beneficiosa. Son los colonos españoles casi siempre gentes en las que, entre otras muchas recomendaciones, resulta en gran manera este buen sentido y este conveniente concepto de las cosas que les hace conservar lo adquirido, y que hace variar el concepto apasionado y poco amistoso con que equivocadamente se ha juzgado á los españoles. Este mismo concepto de la vida, esos tonos alegres y risueños que da á esas poblaciones el bienestar general, la riqueza y la abundancia, y ese sello especial de cosmopolitismo en la mezcla extraña de todas las razas, árabes, franceses, hebreos, españoles; la diferencia de trajes y de costumbres, todos contentos, todos satisfechos, como lo serían siempre bajo un régimen previsor, amplio, tolerante, permitiendo todas las manifestaciones, que es el ideal de los pueblos modernos y camino seguro de prosperidad y de abundancia.

Comparad ese bienestar general, ese contento de la vida, con estos tonos tristes de por aquí, que más que europeos nos hace parecer mahometanos; estos desequilibrios de la hacienda privada, iguales á los desequilibrios de la Hacienda pública; esta falta de ideales y esta vaguedad, y falta de confianza en lo porvenir, y veréis qué diferencias tan grandes y qué elementos tan poderosos existen en esto para aumentar el contingente de la emigración.

Un hecho señala la diferencia de la administración francesa y

de la desdichada administración española. Al partir de nuestros puertos las embarcaciones encargadas de llevar á las costas africanas á los tristes emigrados, un ejército de policía, al lado de los que figura toda suerte de merodeadores, dificulta y entorpece la marcha de esos infelices con exigencias y gravámenes hasta entonces desconocidos; es el adiós postrero, es la última ingratitud de la Madre Patria, ingratitud, crimen si se quiere, que ha hecho ricas á ciertas gentes. Llega el emigrante á Orán, cortés y respetuoso práctico dirige el buque hasta colocarlo unido al costado á uno de los muelles, de modo tal, que sólo un ligerísimo esfuerzo permite el desembarco, después del cual todo es fácil y todo es expedito. Un agente de policía, igualmente cortés y respetuoso, á quien acompaña un aduanero, hace la inspección del barco, fiando en las palabras del capitán, y todo queda definitivamente concluído y cada cual tira por su lado sin el menor tropiezo y sin que nadie en lo sucesivo se acuerde de su nombre. Ofrece una particularidad todo esto: el enorme movimiento de buques del puerto de Orán, la vida comercial de aquellos muelles, está vigilada por muy reducido número de aduaneros, que sin molestar á nadie, sin ocasionar perturbación alguna, ni grande ni chico entorpecimiento, cumplen sus deberes de una manera admirable, sin que contra ellos por nadie tenga que formularse la más pequeña queja. Á la llegada á España la cosa es distinta: público variado espera al buque, entre cuyo público, seguramente, no abundan los capitalistas; verdaderas legiones se dejan caer sobre el barco, ya la Sanidad con numeroso séquito, ya carabineros, bajo sus dos aspectos, carabineros de mar y carabineros de tierra, con su jefe á la cabeza, quedando algunos en el barco para su custodia, una sección de agentes de Orden público con sus jefes, prácticos amarradores, competencias de jurisdicción que se suscitan en el buque, colocado á cierta distancia del puerto, llevando la necesidad y los gastos exagerados de un transbordo de todo punto innecesario, en perjuicio del bolsillo del desdichado viajero; los empleados de aduanas y nuevamente los carabineros, y por fin, por si algo del pobre viajero queda vivo, el *amable* empleado de consumos, quedando al final de la jornada el pobre emigrante entregado á toda suerte de merodeadores para regresar á su casa roto, maltrecho y consumidos todos sus ahorros. (*Muy bien, muy bien.*)

Esto, que no es lo extraordinario, sino lo corriente, lo que pasa todos los días y á todas horas ¿es posible que lleve tras de sí sino el desaliento, y, á la postre, la ruina del país que pone en juego tales usos? ¿Es posible que haya quien piense seriamente que por ahí puede irse á parte alguna? Esta dificultad constante de la administración, esta dificultad absurda es, tal vez, la causa primera

de lo que llaman nuestra decadencia. En los puertos de la Argelia se llenan esas formalidades, quedan garantidos plenamente los intereses del Estado, pero sin alardes inoportunos, sin dificultad alguna, sin obstruccionismos; antes al contrario, ofreciendo toda suerte de facilidades, de lo que resulta siempre elogiada aquella administración y en pésimo lugar la nuestra. Ese reducido número de empleados que mantiene la administración francesa para la vigilancia de sus puertos y para su seguridad, son muy cortos en número, pero muy bien retribuidos, seguros de que el Estado defiende sus prerrogativas; pero castiga con severidad suma sus faltas. ¡Cuánto tenemos que aprender nosotros, que tenemos la vana pretensión de saberlo todo! Todos esos alardes de fuerza, todas esas trabas y esas dificultades ofrecidas por la administración resultan ridículas al mismo tiempo que tristes, muy tristes, porque ese sistema, que es español, genuinamente español, es, como he dicho antes, causa de que la vida aquí se haga en extremo imposible. A nuevos tiempos, nuevos procedimientos; la supresión de los gastos que produce ese numeroso ejército de empleados, redundaría en beneficio de las arcas del Tesoro, con estímulos al comercio y á la vida general del país, no dándose el extraño espectáculo de que cuando los franceses abren todas las puertas y ofrecen toda suerte de facilidades al que llega, el desgraciado emigrante que vuelve á su patria, que vuelve con el pequeño capital adquirido á darle empleo en el suelo que le vió nacer, se le cierran todas las puertas, se le trate como á un esclavo, se abuse de él de la peor manera, para que, desesperado y triste, piense en las ventajas de la vida en suelo extranjero, y él y su familia abandonen para siempre esta tierra ingrata y maldecida. Y es que aquí lo que pasa es que no hay plan, no hay ideales; los intereses de la patria son intereses poco considerados, y todo el mundo se encierra en un egoísmo brutal, que los lleva á considerar excelente lo que va en beneficio propio, poco práctico é insubstancial, lo que va en beneficio del Estado y de los intereses generales; ofrecer dificultades al que vuelve con capital, con actividad y aptitud para el trabajo, elementos todos valiosísimos en beneficio de los intereses del Estado, es una locura de esas que merecían que el país en que así se procede, fuera inmediatamente declarado loco y se le diere un curador ejemplar. (Aplausos.)

Eso de mirar los intereses del Estado, como terreno propio, al cual todo el que quiera puede acudir libremente, y recoger lo que bien le parezca, eso ya es muy antiguo entre nosotros; sea que el Estado con sus privilegios y sus tiranías establece este divorcio, considerándose ambas partes como beligerantes, sea que aquí sentimos cierta inclinación á lo que viene por el camino tortuoso,



sea de ello lo que fuere, es ya antiguo, que el que puede burlar la Ley, el que puede clavar la espada hasta la empuñadura en los intereses del Estado, no lo tiene á delito, sino que antes por el contrario, allá en el interior de su conciencia cree haber realizado una buena obra; no se queda corto el Estado seguramente por su parte, y no pierde ocasión de devolver mil por uno los daños recibidos, y á fuer de valiente, dejando impune al grande, carga todas sus iras contra el pequeño y el desvalido. Esta hermosa paz en la familia se traduce aquí en todo, y por eso no es extraño que en aquello que en los demás países se pone tanto empeño, haciendo los intereses generales hermanos de los intereses del particular, y caminando de perfecto acuerdo, sea aquí motivo de separación y de divorcio, dejando fuera los intereses generales, para que cada cual por su cuenta pueda tener en beneficio propio, todo lo que se considere á su alcance, y sin escrúpulo alguno pueda hacerse dueño en santa calma de todo lo que se le venga á la mano.

Aquí hay buen país y buena raza, lo que no hay es buena administración, y como sistema, la dificultad permanente, para todo aquel que mueve su actividad en algún sentido provechoso.

El colono español encuentra en Argelia una administración sencillísima que no le origina ninguna molestia, Bancos agrícolas, Sociedades de crédito, que le permiten cierto desahogo y las consiguientes facilidades para toda clase de negocios; y si bien es cierto que la mayor parte de las operaciones se hacen en firme, entiéndese en firme, no solo el capital tangible y que se toca, sino el capital que, gracias á la actividad y la inteligencia, pueda desarrollarse, capital que se cotiza de igual modo que el primero. Este procedimiento de quiebras, que es en España seguro refugio de todo comerciante de mala fé, se reduce en la Argelia á sencillísimo procedimiento, donde el Tribunal de comercio, sin gasto alguno y sin dilaciones, da á las cosas y á las personas su verdadero nombre. El *Fallido* no es objeto de persecuciones; es con muy buen sentido, cuando contrariedades imprevistas lo han llevado á ese extremo, objeto de atenciones por los acreedores, que se asocian y le conceden nuevas facilidades para que, desarrollando nueva riqueza, pueda satisfacer sus anteriores compromisos. Los impuestos se satisfacen de muy distinto modo, puesto que todo contribuyente lleva cuenta corriente con la oficina encargada de la recaudación de impuestos, donde puede satisfacer á su antojo la cantidad que estime conveniente, teniendo todo el año para satisfacer la cuota que le corresponde. De este modo el expediente de apremio, y esas cantidades que se pierden, y los desastres que se producen, no existen; y sólo el Estado recauda lo que le pertenece y el con-

tribuyente no se priva de lo que es suyo. Se supone que donde el ciudadano es pobre, el Estado también lo es, y que ya que el pago de los impuestos es preciso, debe hacerse esto en las condiciones ménos onerosas. Esto es cultura y sentido colonizador, y en estas condiciones se explica que la Argelia sea un país floreciente y próspero, y que los colonos españoles hayan visto para ellos un mundo enteramente nuevo, muy distinto del que de antiguo conocían y que se dejaba sentir sobre ellos de una manera tan gravosa.

De esa suerte, haciendo la vida imposible á este elemento tan necesario y tan numeroso, verdadero nervio de todo país, la emigración se impone, la emigración es necesaria y la emigración se realizará, mal que le pese á los Gobiernos y por encima de toda suerte de dificultades y de entorpecimientos que se le ofrezca.

Otro defecto nuestro es hacer gala en desdeñar todo aquello que produzca beneficio; ese afán que se siente en todas partes para dar toda suerte de facilidades al viajero que viene á dar empleo á sus capitales, allanándolo todo y haciendo su estancia cómoda y agradable, es aquí, por el contrario, motivo de todo género de burlas y de molestias sin cuento. No hay parte alguna donde no se bautice á los que vienen á Madrid en determinada época del año, á dejar mucho dinero, con el nombre de *Isidros*, provocando contra ellos el más espantoso ridículo, y así por este orden todo el mundo hace gala de carecer de plan y de instinto en estas cuestiones.

En estas cosas, al parecer pequeñas, á las que aquí no se da ninguna importancia, estriba en parte el interés del problema y la razón de que habiendo sido la emigración muy importante para nuestros intereses, sea perjudicial hoy, considerándose al que emigra como elemento perdido para siempre.

Es un género de vida enteramente diferente; es cosa que sorprende á los colonos españoles encontrarse en un país donde pueden libremente moverse en el sentido que deseen, sin trabas y sin entorpecimientos de ningún género, y esta tranquilidad de que gozan es la que les hace permanecer en aquel suelo, á pesar de tener que vivir en un país que no es el suyo, y que por el número, por la calidad y por la importancia ha de tratarlos siempre con recelo.

El colono español es frugal hasta el punto de que vive donde no viviría nadie, y no con la vida oscura y semisalvaje del moro, sino con vida en cierto modo de relativo desahogo y alegre y placentera independendia; pero sobre todas estas virtudes, tiene una audacia y un valor reconocido á toda prueba. De este modo se explica que en la colonización de la Argelia los españoles hayan figu-

rado siempre en los puestos avanzados, penetrando en el Sáhara y haciéndose dueños de los espartales y de los terrenos pertenecientes á las tribus más levantiscas del desierto. Desprevenidos, fiando en la sumisión aparente de aquellas tribus, que guardaban encubiertos rencores, fué como les sorprendió el movimiento insurreccional de Bu-Amema y los tristísimos sucesos de Saida, debidos en parte á la falta de previsión y de energía de las autoridades francesas, y que les sirvió para una deseada demarcación de límites; sucesos en los cuales los españoles indefensos dieron prueba de una serenidad de ánimo y de un arrojo admirable, pero sucesos que se debieron en parte al valor temerario de nuestros compatriotas.

Nada de teorías, nada de vanos discursos y de perder el tiempo inútilmente; en la población española en la Argelia, entre los elementos que la componen, figura gente que ha podido venir con entera libertad á España, que ha contado con recursos y con medios de fortuna, y á quien la vida aquí se ha hecho de todo punto imposible, habiendo perdido la esperanza de volver á la Patria, amargados con tan tristes y repetidos desengaños; pero téngase presente que no sólo éstos, sino los que tienen pendientes cuestiones con los tribunales españoles, son elementos de tranquilidad y de orden, y que no se da el caso, ni por excepción, de que sean éstos los que lo interrumpen. Si éste puede ser caso que deje alguna enseñanza, aprovéchela á quien corresponde, aquí donde las cárceles sólo suelen estar ocupadas por las gentes de chaqueta.

No es el suelo de la Argelia, bajo ningún concepto, mejor que el suelo de nuestras provincias de Levante, de donde emigran esos colonos que allí llevan el bienestar y la riqueza, y sin embargo, terrenos estériles y esquilados encontramos aquí por todas partes; vejetación, abundancia, riqueza, por todas partes encuéntrase en Argelia; ofrécese la vida allí con una baratura extraordinaria, en tanto que aquí la vida resulta imposible, castigando inhumanamente la alimentación del pobre. La mejor propaganda en favor de la emigración la hacen nuestros Gobiernos, y no cabe duda que ha llegado el día en que la emigración empiece á serlo entre las malamente llamadas clases acomodadas.

Existe, pues, en la emigración española en Argelia una recomendación y una enseñanza clara y evidente, que no se demuestra con teorías sino con hechos, y que prueba hasta qué punto pueden llegar los efectos de una buena administración. El mal entre nosotros está en lo alto, en esos que han dado en llamar clases directoras, que sin ninguna virtud tienen todos los resabios y todos los vicios, que nos hace vivir siempre de igual manera, y que guardan como en arca santa el secreto de nuestras desdichas. Ten-

gamos el buen sentido de los franceses en estas cuestiones, hagamos lo que han hecho los ingleses en Egipto, consiguiendo que se salde con *superavit* una Hacienda que ha sido un desastre continuo. Esto se hace dedicando el tiempo á pensar cuál es el mejor cultivo, cuál es la mejor ó la peor industria, cómo se produce más y se gasta ménos, en vez de dar importancia á las declamaciones insubstanciales de un político que recorre las provincias, haciendo ofrecimientos y prometiendo reformas que no ha de cumplir, ó preocuparse en las enemistades, ó el disgusto que ciertos conceptos vertidos por determinado hombre público, han podido producir en el ánimo de otro político no ménos conspícuo. (*Aplausos.*)

Hágase de la vida del campo vida agradable, dándole toda suerte de seguridades y de ventajas para que á ella acuda como acude en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra y en Francia, una gran parte de la clase media y de su aristocracia; préstense atención á estas cuestiones que se desconocen en absoluto y que da grima ver el modo como se tratan por nuestros Gobiernos; en fin, hágase algo de lo que los franceses hacen en Argelia, y ya que de ellos tomamos todo lo malo, tomemos algo bueno, que mucho tenemos que aprender; y que en estas cuestiones, obrando con imparcialidad, no son pocos los aplausos que tenemos que tributarles. Llegarán las cuestiones de Marruecos, cuestiones en las cuales debemos, necesariamente, por derecho propio, jugar un papel importante, pues tenemos más de un título para esto; nosotros vencimos al moro en mil combates, nosotros evitamos que la media luna ondeara triunfante en toda Europa; la costa africana, prolongación es de nuestro territorio, y sobre todo hoy, en los momentos actuales, donde si las armas significan mucho, es preciso que con las armas vaya la colonización y el progreso, podemos alegar estos títulos y hablar más alto que ningún otro pueblo, porque el ejemplo de la colonización española en la Argelia nos acredita como los primeros colonizadores.

Cuestión importante para España es esta y cuestión que por momentos se precipita; día muy amargo será para este país, si los sucesos llegaran á presentarse de improviso y se preparasen de tal modo, que el Norte de África se encontrase entre franceses, italianos, alemanes é ingleses, y burlada nuestra pobre patria. Falta hacen aquí arranques patrióticos, verdaderos esfuerzos, echando los *mercaderes del templo*, destruyendo esa mala semilla de políticos y de ociosos, desde al que se llama radical hasta el tradicionalista más avanzado, que solo perturbaciones producen, reanimando á la nación con ideales francos, perfectamente definidos, y con enérgico y vigoroso empuje. Tenemos ese fin que cumplir; nadie más que nosotros somos los llamados á colonizar y llevar la civi-

lización al África. Tanta agrupación política debe desaparecer en absoluto, para que no exista más agrupación ni más tendencia que una sola, el amor á la patria, el santo amor á España, ante el cual deben unirse todas las voluntades.

Ménos clamoreo y más sentido práctico; hechos, determinaciones rápidas y eficaces; rompamos el vestido viejo, vivamos á la moderna, pero no á la moderna en esos falsos oropeles y en ese vil amor á la materia, sino en lo substancial, en lo positivo, en lo eterno, en lo que se den la mano el más alto sentido moral y el más santo amor á la patria. (*Aplausos.*)

En una provincia de España, para muchos ó para todos desconocida; en una provincia sin medios de comunicación, sobre la que pesan toda suerte de impuestos; donde la política menuda y desastrosa ha llegado ya á dominarlo é imposibilitarlo todo, donde en el último decenio emigraron sólo para Argelia millares de personas; donde la vida, ya por estas ó por otras muchas causas, se ha hecho en extremo difícil, hay un pequeño pueblo, escondido en las escabrosidades de la sierra.

Pobre el suelo, ingrato á los cultivos, sin medios con que atender á las necesidades de la vida, los habitantes de este pueblo sólo tenían á su alrededor ramblas y barrancos impetuosos que los asolaban, cubriendo sus viviendas de compacta y fina arena, y matas silvestres, esparcidas por las sinuosidades del monte. Faltos de todo género de recursos, penosa la vida en los pueblos inmediatos, cerradas la puertas á la emigración, parecían sus habitantes, á los ojos de todos, gentes destinadas á morir consumidas en la más espantosa miseria; pero á pesar de esto, transcurrían los años y las gentes de este pueblo vivían con relativo desahogo, y este pueblo era en cierto modo un pueblo floreciente.

De aquella fina arena que cubría sus moradas y llevaba la desolación y la ruina, no sé qué misteriosa intuición, qué ley provincial, qué extraña revelación sobrenatural y divina, les había llevado á fabricar el vidrio. De aquellas matas silvestres que rodeaban la montaña, y donde se refugiaban toda suerte de animales dañinos, habían llegado, por procedimientos suyos, exclusivamente suyos, á extraer el aceite esencial de las flores, sirviéndose del resto de la planta como combustible, aprovechando los residuos y vendiéndolos como abono, fijando reglas admirables de economía industrial, problema hoy de los pueblos modernos. De aquí nació la fabricación de otros productos químicos, casi puede decirse que inventando esta ciencia, sin haber pasado por la alquimia, cuyos productos, ora van vendiendo por las ferias de aquellos pueblos, ora llevan á los grandes centros comerciales, donde se compran con gran estima, y muchos de los cuales suelen

llegar á nosotros del extranjero bautizados con nombres extraños y cubiertos de vistosas y extravagantes etiquetas.

Ahí, pues, teneis el ejemplo que os ofrece ese pueblo de la provincia más desatendida, al que podría agregarse otros ejemplos: en ese pueblo, hay más espíritu industrial que hubo jamás entre franceses, alemanes é ingleses; aquí lo que hace falta es buena administración; la raza tiene todas las recomendaciones y todos los prestigios, aunque un defecto grave, ser demasiado dócil, demasiado resignada para sufrir á políticos de oficio y especuladores.

Hay quien ha dicho, con tanta injusticia como descortesía, y con ausencia de sentido patrio, que la cultura estaba aquí en los pueblos del Norte de la Península; para los españoles no hay Norte ni Sur, Oriente ni Occidente, sólo hay España, y en España pueblos por igual con tantas virtudes, y tantos arranques, y tantas energías, como ese modestísimo pueblo de que os he hablado.

El ejemplo que os ofrece la colonización española en Argelia, y otros muchos que podrían citarse y que os da la noble, la desventurada provincia á que me refiero, prueban de un modo muy elocuente las extraordinarias condiciones de nuestra raza, sus aptitudes, mayores que las de ningún otro pueblo para la vida moderna, como prueban de igual manera, que esas mal llamadas clases directoras, esa política, convertida en negocio y en objeto de medro, sin hacer excepción en ningún partido político, sea del color que fuere, es la causa de esta lucha titánica, de esta lucha terrible, iniciada entre el elemento útil y provechoso de nuestra raza, que tiene su expresión en estos Congresos, que emigra á la Argelia, que sufre los impuestos, y ese elemento corrompido, llamado necesariamente, después de esta lucha, á desaparecer para siempre.

He dicho. *(Repetidos y prolongados aplausos.)*



